"de la Cancillería de Granada, presentado para Arzobispo de México en 14 de "Junio de 1643; tomó posesión el mismo año, y falleció en esta Diócesis y "fue enterrado en esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana."

"Por el estado que guarda la madera de que está formada la urna, última memoria de la existencia de esos restos preciosos, es de temerse que pronto tendrán por lecho un suelo muy poco digno para los padres de la Independencia Nacional. ¿En qué pensamos?—*Vicente E. Manero.*"

El Sr. Manero ¡cosa extraña! no cita para nada ni el más pequeño fragmento de hueso de D. José María Morelos.

***

El día 6 de Mayo de 1893, á la una de la tarde visitaron varias personas la bóveda susodicha, entre ellas, los Sres. D. José María de Ágreda y Sánchez, D. Luis González Obregón, D. Aurelio J. Venegas y D. Ángel Pola. Este señor publicó sus impresiones en el periódico *El Universal* correspondiente al día 14 de los propios mes y año; ilustrándolas con algunos dibujos hechos por el joven D. Carlos Alcalde. Me parece interesante la relación del Sr. Pola, y de ella voy á tomar los datos substanciales.

Las personas que hicieron esta visita bajaron por la ventila, detrás del retablo, "al que da acceso una portezuela, hecha á un lado en lo vivo del altar, en cuyo respaldo se lee, adivinando, sobre unos brochazos de pintura color de azogue: *Juan Hernández.*—Pintor." Descendieron tres metros por una escalera de mano, sirviéndose por medio de tres sirvientes, de velas de cera, "cuya luz no era bastante para romper la obscuridad."

"La cripta—prosigue el Sr. Pola—tiene la forma de una cruz de Malta, el piso hecho de mezcla de nivel y liso á pura cuchara de albañil; las paredes blancas, y menos altas por los brazos que por los otros extremos; la bóveda rayada en lienzos triangulares que se quiebran en los puntos de intersección de las aristas de la cruz; estando la mayor altura en el crucero, en donde coinciden los ángulos agudos. En el fondo, en punto opuesto á la ventila, hay unas gradas que son de la entrada á la cripta en forma de trapecio, obstruída por la grande y pesada lápida del Arzobispo Mañozca. En la pared á raz de la ventila, está incrustada otra lápida de mármol." Aquí el Sr. Pola copia el epitafio de la huesa del Presidente General Barragán, que se halla, también, copiada en estos Apuntes. La inscripción comienza, en efecto, AQUÍ, y no como yo creía en un principio AQUÍ YACE: tuvo razón mi amigo el Sr. Ingeniero D. Manuel Álvarez, cuando me dijo, al comunicarme el texto del epitafio, que él había copiado éste al pie de la letra.

La urna que encierra los restos de nuestros insurgentes, tiene la figura de un sólido "tirando á copa—habla el Sr. Pola—de color de yesca, descansando sobre trozos de madera y éstos sobre otros, en sentido paralelo." Levantada la tapa de la urna, se encontraron seis cráneos encima de un montón de huesos: sacáronlos todos con el mayor cuidado, tomaron la medida de cada uno de ellos, hallando que eran, respectivamente: un cráneo de Aldama, reconocible por una negra A mayúscula: otro, más grande, color de oro viejo, se presume ser de Hidalgo por estar marcado con la letra H: un tercero, parece ser el de Allende, por la marca Ae que tiene: en el cuarto, reconocieron al cráneo de Jiménez, por una X: en el quinto, en buen estado, vieron el de Morelos. Por lo que hace al sexto cráneo, nada nos dice el Sr. Pola. Al de Hidalgo le faltan los maxilares y se halla bastante mutilado en su base. No cabe duda que en las pésimas condiciones en que se encuentran estos restos, en breve quedarán destruídos, como hace observar rectamente el Sr. Pola, al fin de su artículo; en el cual puede ver el curioso lector, dibujados con habilidad, la perspectiva de la cripta, la urna, el aspecto lateral del cráneo de Hidalgo, la parte anterior del mismo, y la entrada para el altar de los Reyes.

O

(PÁGINA 109).

Ilustre por su vida y sus escritos fue el distinguido religioso carmelitano D. Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, apellidado en el siglo Nájera; y acerca del cual daré en esta nota brevísima noticia.

En la Ciudad de México, patria de muchos esclarecidos varones, que han honrado de distintos modos el nombre de nuestra amada Patria, vió la luz primera el Padre Nájera el día 19 de Mayo de 1803, siendo sus padres D. Jose Ignacio de Nájera y Dª María Ignacia Paulé,[1] de distinguida familia ambos.

Empezó nuestro Nájera sus estudios en el Seminario de México, donde cursó latinidad, pasando á proseguirlos al insigne de San Ildefonso. Inclinóse pronto á la vida religiosa, para la cual tuvo siempre verdadera vocación, tomando el hábito de nuestra Señora del Carmen en Puebla, en donde profesó el 10 de Junio de 1819, pasando al convento de México en clase de corista. Conforme á las reglas establecidas en la Religión, pasó Fr. Manuel en Enero

1 *Noticia de la vida y escritos del Reverendo Padre Fray Manuel de San Juan Crisóstomo*, etc., por D. Lucas Alamán y D. Francisco Lerdo de Tejada.—México, 1854. Fol. men.

de 1822 á cursar Filosofía en el Colegio de San Joaquín, y al de San Ángel tres años más tarde, para seguir el curso de Teología, recibiendo las sagradas órdenes al siguiente año 1826.

En 1828 fue nombrado prior del convento de San Luis, en el capítulo celebrado en Abril de ese año, "y esta posesión independiente—dicen sus biógrafos—le proporcionó dedicarse al estudio, cultivando los idiomas clásicos antiguos, los principales de los modernos, y los de las diversas naciones que poblaban nuestro país antes de la conquista, en que llegó á adquirir profundos conocimientos, y sin faltar á las obligaciones de su ministerio, comenzó á trabajar en difundir su saber en varios ramos útiles, habiendo contribuído mucho á la formación del Colegio Guadalupano establecido en aquella capital, en la que se dió también á conocer, llamando la atención desde sus primeros sermones."

En dicho Colegio—según sus mismos biógrafos—enseñó á los niños la Taquigrafía, consagrándose mucho á la educación de éstos "con un afán verdaderamente evangélico."

Señálase como monumento histórico, el sermón predicado por el P. Nájera en la iglesia del convento de San Ángel en 1831 con motivo de la festividad del Patrocinio de Señor San José, por contener dicho sermón gran copia de datos referentes á la historia de la provincia de San Alberto—que tanto le hacían falta por carecer de crónica—y "el elogio de los religiosos ejemplares por su virtud ó distinguidos por su sabiduría, que en ella han florecido." El sermón corre impreso, y en efecto es digno de nota y honra al ilustre sacerdote que con tanta oportunidad y acierto lo formó.

El capítulo nombró al P. Nájera rector del Colegio de San Ángel, cargo gratísimo para nuestro religioso tan dado al trabajo y al estudio; debiéndosele entonces el arreglo y aumento de la Biblioteca, y la difusión de los conocimientos más sanos para literatura y la oratoria, tan necesarios para los religiosos consagrados á la Cátedra del Espíritu Divino.

La revolución política de 1832 que agitó á nuestro país, sacó de su retiro grato y solitario al P. Nájera, cuando, al decir de sus biógrafos y contemporáneos, más dado estaba á sus tareas de religión y de enseñanza. La tempestad le lanzó fuera del territorio nacional, yendo á parar á la vecina del Norte, en donde quizá, en parte, con mayor tranquilidad, pudo nuestro Nájera, manifestar sus vastos conocimientos en la lengua de Virgilio y en las indígenas de México. Dió lectura, en efecto, ante la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia, que le hizo su individuo, á una disertación sobre la lengua *Otomí*, que la Sociedad hizo insertar en el tomo V de la nueva série de sus Actas; y traducido al castellano por su propio autor, mandó darla á la estampa en México el año 1845 el Presidente de la República D. José Joaquín

de Herrera. "El objeto de esta disertación[1] fue demostrar el origen asiático de los primeros pobladores de nuestro continente, deduciendo la prueba de confrontación de los varios idiomas del antiguo Anáhuac con los asiáticos; y en cuanto al otomí, el célebre Prescott, autor de la Historia de México, hablando de la singular semejanza de esta lengua con la chinesca, y de la existencia aislada de este idioma en el centro de tan vasto continente, como de un asunto curioso para científica especulación, cita la disertación del P. Nájera y añade:—"El autor que es un sabio mexicano, ha dado un aná-"lisis muy satisfactorio de esta lengua notable, la cual ha quedado sóla en-"tre las lenguas del Nuevo Mundo, de la misma manera que en el Antiguo "ha permanecido el vascuense, acaso como los restos del naufragio de una "edad primitiva."[2]—"Esta disertación procuró á su autor la honra de ser recibido en varias Academias de los Estados Unidos y de Europa."

Extractando, más bien que siguiendo, á los Sres. Alamán y Lerdo, en la *Noticia de la vida y escritos* del P. Nájera, citan en el orden cronológico de los sucesos, el Opúsculo publicado por nuestro religioso, que lleva por título: "Observaciones críticas sobre el capítulo XIII del tomo último de la obra titulada: *Exploración del territorio del Oregon, de las Californias y del Mar Rojo, ejecutada durante los años* 1840, 41 *y* 42, *por Mr. Duflot, de Mofras, adicto á la Legación de Francia en México;* opúsculo escrito en francés, que dedicó al Sr. D. Bernardo Couto, á la sazón Ministro de Justicia é Instrucción Pública; y cuyo objeto era demostrar ó hacer patentes los errores en que con frecuencia caen los extranjeros que escriben acerca de cosas de América, "especialmente sobre las lenguas que en ella se hablan, y de que generalmente tienen pocos conocimientos."

En 1834, á consecuencia de un cambio político, volvió á la Patria el P. Nájera, siendo nombrado en Octubre de ese año prior del convento del Carmen de Guadalajara. "Desde este tiempo comienza una serie de trabajos importantes—dicen los Sres. Alamán y Lerdo, á quienes sigo en este punto textualmente—consagrados á la instrucción pública, á la beneficencia, al desempeño de las comisiones que se le encargaron por el gobierno eclesiástico y secular, y á las obligaciones de su ministerio. En 1835 el gobernador D. José Antonio Romero lo nombró inspector de la Academia de pintura y escultura que entonces se estableció, y con ella nació el buen gusto en las bellas artes en aquella capital: en 1837, siendo gobernador el Sr. Escobedo, se le comisionó para formar el plan de enseñanza de primeras letras en el Colegio de San Juan, nombrándole inspector del mismo Colegio: en el propio

1 *Noticia de la vida y escritos del P. Nájera*, ya citada, página 11.

2 Prescott, *Historia de la Conquista de México*, en el original inglés tomo III, Apéndice, parte I, fol. 396, nota 56.—Citado en la *Noticia*, etc., *ubi supra*.

año, la asamblea departamental le encomendó la formación del plan de estudios de la Universidad, el cual fue aprobado por aquella corporación, y se observó hasta el establecimiento del plan general de estudios decretado en 1844 por el general Santa Anna: en 1841 fue nombrado presidente de la Junta Lancasteriana, cuya comisión desempeñó hasta que habiendo cesado aquella Junta en 1844, continuó con el carácter de inspector de educación primaria, hasta 1845 que se le dió á ésta nueva forma. El general D. Antonio Paredes y Arrillaga, gobernador y comandante general de Jalisco, le dió el encargo en 1842, de reformar el Colegio de San Juan, y el docto informe que con esto motivo formó, se imprimió en aquella época: adoptado el plan que propuso, no sólo desempeñó el empleo de inspector del mismo Colegio, sino también se consagró á la cátedra de Elocuencia, que sirvió al mismo tiempo que daba á los cursantes de Teología en la Universidad, lecciones de lengua griega, cuyo conocimiento creyó con razón que era esencial, tanto para los estudios teológicos como para el cultivo de la literatura profana y de las bellas letras."

"Á estas ocupaciones literarias, que desempeñaba todas gratuitamente, se agregaban las que la mitra le daba como sinodal, censor y teólogo consultor del Obispado. El gobierno político lo comisionó también diversas veces, ya para reconocer el cerro del Col y cordilleras inmediatas á Guadalajara, en las que se pensaba podría hallarse alguna causa de donde procedían los temblores que frecuentemente afligen á aquella capital, ya para examinar unos sepulcros antiguos que se descubrieron, aunque esta comisión no llegó á tener efecto, y ya consultándolo el Presidente de la República D. Manuel de la Peña y Peña, sobre el grave negocio de los Estados Unidos."

El P. Nájera adquirió bien pronto renombre de orador elocuente en el púlpito, y muchos de sus sermones, todos notables, se dieron á la estampa. Hácense notar, entre otros, el predicado el 12 de Diciembre de 1839 en la Encarnación, en el cual desenvolvió una idea nueva y atrevida entonces, acerca del verdadero punto de vista desde el que debía de considerarse la conquista española. Puede encontrar el curioso é investigador lector algunos extractos de estos sermones en la *Noticia* de que me he valido para formar estas líneas, así como de algunos discursos que nuestro religioso pronunció, en aperturas de academias y de cátedras.

Mucho fue lo que tan infatigable sacerdote escribió y dejó escrito, ya publicado, ya inédito. Una noticia bibliográfica circunstanciada sería interesante: quizá alguna vez, si me es posible, y Dios mediante, la daré á conocer al público lector.

Entre otras cosas, son notables algunos dictámenes, varias defensas judiciales que hizo el P. Nájera y traducciones: una Carta apologética de la

obra teológica del P. Gazzaniga, dirigida al Dr. D. Mariano Guerra, catedrático de aquella facultad en la Universidad de Guadalajara (1841): un Apéndice á la Prosodia sobre la versificación española, que en 1844 escribió para las escuelas de Jalisco y otras varias. Dejó sin concluir, por no haberle alcanzado la vida, una traducción de la *Historia del comunismo, ó refutación histórica de las utopías sociales*, por Alfredo Sudres; otra traducción de la Biblia, y la formación de un cuadro sinóptico religioso.

El trabajo tan rudo que el P. Nájera tenía, le ocasionó una larga enfermedad que le condujo al sepulcro el día 16 de Enero de 1853, á las cinco de la tarde, llorado de todos cuantos le conocieron de cerca ó por sus hechos. En la tarde del siguiente día, se condujo al cadáver de la casa mortuoria número 13 de la 1ª de San Francisco, en un carro fúnebre, con cincuenta pobres del hospicio, á la iglesia del Carmen en donde fue recibido por la comunidad, cantándosele *in continenti* con toda solemnidad las vísperas de difuntos que concluyeron á las ocho de la noche. El día 18 en la mañana se llevaron los restos al convento de San Joaquín, distante legua y media de México: allí se cantó la Vigilia, se celebró misa de cuerpo presente, y en seguida se dió á los restos sepultura, interinamente.

El 16 de Febrero de 1853, por ser muy reducida la iglesia del Carmen y hallarse á la sazón en obra, celebráronse solemnísimas honras fúnebres en el templo de la Profesa, con asistencia de las comunidades religiosas de Santo Domingo, San Francisco, San Diego, San Agustín y la Merced, las cuales cantaron sus correspondientes responsos de siete á ocho de la mañana.

Á las nueve de la mañana, reunida la comunidad del Carmen con su Provincial á la cabeza, diversas autoridades civiles y eclesiásticas, comenzó la Vigilia y después la misa, oficiando de pontifical el Ilmo. Sr. D. Luis Clementi, Arzobispo de Damasco y Nuncio del Papa. Concluída la misa, ocupó la Cátedra Sagrada el Dr. D. Juan Bautista Ormaechea, entonces canónigo de la Metropolitana, para pronunciar la oración fúnebre en aquellas solemnes exequias.

Hoy descansan las cenizas del insigne religioso del Carmen, en la Iglesia de Jesús, en el lugar que en otra página de estos Apuntes se indica y en donde se lee asimismo, la elegante inscripción latina hecha por el Sr. D. Bernardo Couto, esculpida en el mármol que cierra la huesa.

P

(PÁGINA 131).

Hállase entre nuestras iglesias históricas por excelencia, la de San Hipólito, que lleva el nombre de uno de los patronos de la Ciudad de México, por haber sido en 13 de Agosto, día en que la Iglesia conmemora á aquel Santo, cuando los conquistadores españoles entraron á la Capital de Nueva España, ya triunfantes y como poseedores de la vieja Tenoxtitlan.

Después del gran descalabro que los españoles sufrieron en la jornada que conocemos en la historia con el nombre de *La Noche Triste*, los que sobrevivieron quisieron perpetuar el hecho, levantando una ermita en el sitio en donde la refriega para ellos fue más terrible y más sangrienta. Asegúrase, ó al menos se supone, que un Juan Garrido fue el promovedor de la construcción de tal ermita; pues ésta se conoció algún tiempo por de *Juan Garrido*. Después, corriendo el tiempo, quedó dedicada á San Hipólito, como he dicho.

Caminando los años, el Venerable Bernardino Álvarez fundó una hermandad de eclesiásticos y seculares para recoger y asistir á enfermos, ancianos y dementes, formando unos estatutos en 1569, que envió á Roma, con aprobación del Arzobispo de México: la hermandad fue confirmada por Gregorio XIII: los breves se expidieron en 5 de Mayo de 1585 por Sixto V, y los que componían la caritativa Corporación, se dieron el nombre de Hermanos de la Caridad. La iglesia que tomaron por suya, fue la ermita de San Hipólito, que por ser de adobe amenazaba ruina, y se trató de reconstruirla, haciendo un templo en toda forma.

Ya en 1700, y por bula de 20 de Mayo, Inocencio XII había confirmado en religión hospitalaria la Hermandad conocida de San Hipólito, mandándoles que observaran la regla de San Agustín, con noviciado de un año, y después de éste que se hiciese la profesión, ligándose á los cuatro votos de castidad, pobreza, obediencia y hospitalidad. Otros Pontífices llenaron á la nueva Religión de privilegios, hasta que por decreto de 1º de Octubre de 1820, fue suprimida.

Por lo que hace al templo, empezóse la obra que duró muchos años, dedicándose en 1739: se reparó más tarde, estrenándose en 20 de Enero de 1777, y en estos tiempos que corren, finalmente, se ha decorado todo el interior, sufriendo una verdadera transformación.

Muy ligeramente voy á permitirme hablar acerca de cómo se halla en la

actualidad este templo, el único de esta especie en México que posee la decoración con que recientemente se ha exornado el interior.

No voy á hacer crítica artística de ninguna especie: son simples observaciones que me han surgido al visitar ex-profeso distintas ocasiones esta iglesia; y aun cuando ahora en las presentes líneas me aparto un tanto de mi costumbre de no entrar al terreno de la crítica, me parece que es la oportunidad de reflexionar acerca de nuestro gusto artístico en México.

Acababa yo de llegar de un pequeño viaje á Europa, cuando se me dijo que la iglesia de San Hipólito había sido decorada al estilo bizantino. Gran curiosidad tuve en el acto, de ver el interior del templo, y á él me encaminé Describamos brevemente desde su exterior.

El templo de San Hipólito está situado en esquina, dominándose ésta muy bien y angularmente á distancia desde nuestro hermoso parque de la Alameda. Delante de la iglesia hay un átrio ó cementerio, cerrado por una tapia, en cuya esquina, y hacia la calle se encuentra la inscripción copiada en otro lugar de estos Apuntes, y el simbólico bajo relieve acerca del cual se da noticia en la nota Q del presente Apéndice. La tapia tiene dos puertas: la una al oriente, tapiada; la otra al mediodia. Á este viento cae la fachada principal del templo. La portada consta de tres cuerpos: el primero con puerta arcada en el centro; á los lados, respectivamente, dos columnas toscanas sin pedestales, y en los intercolumnios hay nichos, y en éstos sendas estatuas, que representan: la de la derecha del espectador, á Santo Domingo, la de la izquierda á San Gregorio Taumaturgo; ambos patronos de la Ciudad de México. El segundo cuerpo consta de un estilobato sebre del que se levantan cuatro pilastras, cuyos ejes corresponden á los de las columnas del primer cuerpo: en un retablo central se ve de alto relieve la figura de San Hipólito, á quien la iglesia se halla dedicada: en los intercolumnios realzan las estatuas de otros dos santos, que son: el de la derecha del observador, San Felipe de Jesús; y el de la izquierda, San Antonio Abad, asimismo patronos de la Ciudad. El tercer cuerpo, consta de dos pilastras solamente, y dos piezas á ambos lados y al exterior de éstas, á manera de cartelas: entre las pilastras se abre una ventana, y arriba existe un nicho con la efigie en piedra, como todas las otras ya citadas, del Señor San José. Finalmente, un ático sencillo corona la portada. Á ambos lados de esta portada, se ven: á la izquierda del observador el cubo de una torre que tal vez se pensó construir: á la derecha, y en ángulo, la torre del templo, que consta de tres cuerpos: en el segundo, hay un reloj eléctrico de tres carátulas, que miran cada una de ellas, respectivamente, la primera al nordeste, la segunda al sudeste y la última al sudoeste: el reloj fue puesto allí por el Ayuntamiento de 1888, y tiene la ventaja de que nunca está al corriente, como todo lo nuestro.

Penetremos ahora al templo.

La puerta conserva sus magníficas hojas talladas: en el pavimento se ve un mosaico romano; la mampara de madera y cristales está exornada con azulejos de estilo árabe: al través de la vidriera del cancel, se mira la bóveda de lo que llamaremos coro bajo, decorada al estilo Renacimiento. He aquí una mezcla de estilos que previenen el ánimo para juzgar de la decoración general.

Encuentro, desde luego, impropiedad en el uso de los azulejos árabes, pues que no es usado este estilo, en ninguna ciudad del Orbe Católico, para templos cristianos; y no lo he visto empleado ni en la misma España: por otra parte, creo absurda del todo la presencia de semejante estilo al lado del mosaico romano, y junto también del Renacimiento. Salvando el cancel, nos hallamos dentro del templo: el conjunto es bueno: domina el estilo bizantino: es frío, severo, si se quiere, pero dista de la grandiosidad que pudo haberle proporcionado la mayor sencillez en la exornación, como en Europa se observa en iglesias bizantinas.

El templo consta de una sola nave, con crucero y cúpula: hay distribuídos cuatro altares en la primera, y dos en el segundo, mas el altar mayor de que luego hablaré.

Dije que predomina el bizantino, porque se ha mezclado con el Renacimiento, de donde resulta que el primer estilo pierde todo su valor, en mi humildísimo concepto, desde el momento en que no se ha empleado con pureza.

Las bóvedas están pintadas al fresco: la que sigue inmediatamente á las del coro, según las firmas, exornáronla el Barón de Cotllá, artista español recién venido á México, y un Sr. D. E. Reguer: en el centro de la bóveda se ve el simbólico ojo de la Providencia, en torno rayos de oro y cabezas de ángeles; luego en circunferencia las palabras: PROVIDENTIA. NEQUE. DICAS. ANGELO. NON. EST: después, fuera de esta línea, grupos de nubes y en medio de ellos figuras de ángeles con instrumentos músicos, y cabezas aladas, colocado todo con cierto descuido armonioso. En la ejecución de las figuras, paréceme que el movimiento de los paños debió haber sido más estudiado y natural: en las cuatro pechinas, sendos símbolos con las palabras de la letanía: MATER SALVATORIS, TURRIS DAVIDICA, SPECULUM JUSTITIÆ, JANUA CŒLI. En el intradós de los arcos, bustos alternando ángeles y santos.

La bóveda inmediata tiene un conjunto hermoso: la composición es superior y más feliz que la de la anterior: en el centro, el cordero sobre el libro: en torno, ángeles y rayos como en la precedente bóveda; el propio tinte para el fondo general; y después, dando vuelta, las figuras de los doce apóstoles, entre las cuales hay algunas ejecutadas con maestría: las pechinas, con otros cuatro símbolos: PHŒDERIS ARCA, STELLA MARIS, ROSA MÍSTICA, VAS SPIRITUALIS. En este tramo se halla el púlpito, colocado al lado del Evangelio.

En cuanto al crucero, sus brazos tienen forma absidal: las bóvedas están igualmente decoradas: la del lado de la Epístola tiene pintada al fresco en el centro á la Virgen de Guadalupe: la del frente, una cruz: entre la ramazón del adorno se ve multitud de figuras pequeñas de santos en diversas actitudes, y animales: el efecto no es bueno, ni el que tal vez se propusieron los decoradores: el intradós de los arcos torales, asimismo exornado con bustos alternados de ángeles y santos.

Levántase aquí la cúpula, cuya exornación desdice por completo del adorno ó decorado general: nada feliz me parece su composición, antes bien bastante desgraciada, y poco digna de un templo de la ciudad de México: desde el centro, en donde se encuentra la linternilla, parten gajos de oro anchísimos, simulando una inmensa estrella de ocho puntas: en unos recuadros, campean, produciendo mal efecto, cabezas aladas de ángeles: fuera de la estrella, se ve un fondo á manera de papel tapiz del más corriente: en las ventanas, que son iguales á las del templo, aunque tienen vidrieras de colores el dibujo es muy vulgar: en suma, la cúpula carece de elegancia y de felicidad tanto en el conjunto como en los detalles de su exornación. En las pechinas se ven las figuras de los evangelistas: paréceme que les falta un poco de grandiosidad y de vida.

Tres gradas dan acceso al presbiterio: el pavimento tiene dos mosaicos primorosos: el del centro es romano. En medio se alzan otras tres gradas, y en seguida la mesa del altar, todo bajo un baldaquino de madera imitando mármol, compuesto de cuatro columnas bizantinas, sin bases, rematando al exterior la bóveda que sostienen las columnas, con globo y cruz: en el fondo y bajo un arco, hay un fresco en cuyo centro se destaca la figura de San Hipólito. Tiene el fresco esta firma: *T. Sanchez, A*to. 1893.

Como antes de que se decorara este templo había yo visto en el presbiterio al lado del Evangelio, el sepulcro del insigne fundador de los Hermanos de la Caridad y de los hospitales de Huaxtepec y San Hipólito, busqué inmediatamente la leyenda que sellaba la huesa del venerable Bernardino Álvarez: en vano quise encontrarla: ésta ha desaparecido, como todo desaparece en México. ¿Por qué se borró de allí el humilde epitafio de la huesa de aquel hombre benemérito? ¿Quién con mano ignorante y temeraria, destruyó el único recuerdo que teníamos de Bernardino Álvarez, recuerdo que debió por mil títulos dejarse intacto, inolvidable, siquiera por tratarse de las cenizas de un hombre que empleó su vida entera en el ejercicio de la caridad y de la virtud? Parece increíble que hasta personas ilustradas destruyan los monumentos de nuestras glorias, y contribuyan á echar en la hornaza del olvido lo que debe permanecer perenne y vivo.

Afortunadamente, copié con oportunidad el epitafio de la huesa del venerable Bernardino Álvarez, que puede ver el bondadoso lector dado á la estampa en el lugar respectivo de estos Apuntes *(Iglesia de San Hipólito)*.

El coro no tiene nada de notable: bajo la ventana, se lee lo siguiente:

LAUDATE EUM IN THYMPANO ET CHORO
LAUDATE EUM IN CHORDIS ET ORGANO.

Finalmente, olvidábase decir que, entrando al templo, á la derecha y en una pilastra se advierte una lápida de mármol blanco, ligeramente veteado: en ella, con letras de oro y esculpidas se lee:

MANUEL F. ALVAREZ
ING^O. CIVIL Y ARQ^TO.
PROYECTÓ Y DIRIGIÓ LA
DECORACIÓN DE ESTE TEMPLO
1893

En resumen: lo anterior no debe tomarse ni como una crítica ni mucho menos como una descripción: mi propósito ha sido comunicar mis impresiones, haciendo una que otra observación, todo de buena fe: el conjunto general me agrada, tiene buen golpe de vista, y detalles muy buenos, excelentes, y otros bastante malos: hay, pues, de todo. Desagrada la mezcla de estilos, aun cuando cada uno de ellos, separadamente, tiene sus bellezas: si se hubiera empleado sólo el bizantino, por ejemplo, que es el dominante, en toda su pureza, hubiera resultado algo más grandioso y digno de aquel histórico templo. La desaparición del sepulcro de Bernardino Álvarez, es un hecho que no puede ni podrá perdonarse nunca.

Q

(PÁGINA 132).

En las páginas 301 á 304 del tomo III de los *Anales del Museo Nacional de México*, y con una lámina litográfica al frente de la primera, aparece dado á la estampa el siguiente artículo, que, bajo el título de EL SUEÑO DE MOTECUHZOMA, escribió el ilustrado ex-director del Museo Dr: D. Jesús Sánchez.

Dice á la letra:

"Llama la atención en esta Ciudad un relieve esculpido sobre piedra, que se halla en la parte exterior del ángulo que forma la tapia límite del atrio de la iglesia de San Hipólito. Una águila colosal vuela llevando suspendido de sus garras á un indio en cuyo expresivo rostro se ve retratada la aflicción más profunda; una pampanilla ó tonelete formado con plumas, medio encubre su desnudez, pues no lleva otra pieza de vestido; por adorno únicamente ciñe su cabeza una corona también de plumas. Cerca de la pierna derecha se ve un leño que arroja nubes de humo, lo cual indica su estado de ignición: en la parte inferior y alrededor del grupo, como sirviéndole de marco, existen un trofeo militar y adornos.

"El objeto de este artículo es el de explicar el significado del relieve y la relación que pueda existir entre el asunto que conmemora y el local en que se encuentra.

"No podían faltar en las tradiciones de los indios mexicanos los hechos fabulosos que se refieren en la historia de todas las naciones al lado de los hechos mejor comprobados; un pueblo sumido en la mayor superstición é ignorancia está siempre dispuesto á creer en todo lo maravilloso. Los historiadores antiguos nos refieren que el reinado de Motecuhzoma II, y poco antes de la venida de los españoles á México, se notaron, según relación de los indios, algunos hechos extraordinarios, verdaderos presagios del próximo fin de la monarquía azteca y de la dominación de los hombres blancos venidos "por donde sale el sol."

"Exaltada la imaginación del monarca citado en grado sumo por la impresión que en su ánimo producían la presencia en el cielo de un gran cometa y otras señales de la próxima destrucción de su imperio, buscaba un lugar donde retirarse para siempre de la corte y de los negocios públicos.

"Cuenta la historia, dice el P. Durán,[1] que andando *Monteçuma* buscan-
"do y imaginando dónde se ir á esconder, que aconteció un caso prodigioso
"con un indio de la provincia de Tezcuco, natural del pueblo de Coatepec,
"y es que estando un indio labrador labrando sus milpas (ó sementeras, que
"esto quiere decir milpas), con todo el sosiego del mundo, baxó de lo alto
"un águila poderosísima sobre él y echándole mano con las uñas de los ca-
"bellos, le subió á lo alto, tanto que los que le vieron ir casi le perdieron de
"vista, y llevándole á un alto monte le metió en una cueva muy oscura, y
"puesto allí oyó al águila decir: poderoso señor: yo he cumplido tu manda-
"do y aquí está el labrador que me mandaste traer; el qual oyó una voz, sin
"ver quién la hablaba, que dixo: seais bien venidos: metedlo acá, y sin ver

1 Historia de las Indias de Nueva España, tomo I, capítulo LXVII.

"quién, le tomaron por la mano y lo metieron en un aposento claro, donde "vido estar á *Monteçuma*, como dormido y casi fuera de su natural sentido, "y haciendo sentar al labrador en un sentadero junto á él, le fueron dadas "unas rosas en la mano y un humaço de los que ellos usan chupar, encen- "dido, y díxole el que se lo dió: toma y descansa y mira ese miserable de "*Monteçuma* quál está sin sentido, embriagado con su soberbia y hinchazón, "que á todo el mundo no tiene en nada; y si quieres ver quán fuera de sí le "tiene esta su soberbia, dale con ese humazo ardiendo en el muslo y verás "cómo no siente. El indio, temiendo de le tocar, le tornaron á decir: tócale, "no temas: el indio con el humazo ardiendo le tocó y el *Monteçuma* fingido "no se meneó ni sintió el fuego del humazo.

"La voz que le hablaba le dijo: ¿ves cómo no siente y cuán insensible "está y cuán embriagado? pues sábete que para este efecto fuiste aquí trai- "do por mi mandado: anda, ve, vuelve al lugar de donde fuiste traido y di- "le á *Monteçuma* lo que as visto y lo que te mandé hacer; y para que entien- "da ser verdad lo que le dices, dile que te muestre el muslo y enséñale el "lugar donde le pegaste el humazo, y hallará allí la señal del fuego; y dile "que tiene enojado al Dios de lo criado, y que él mesmo se a buscado el mal "que sobre él a de venir y que ya se le acaba su mando y soberbia: que goce "bien de esto poquito que le queda y que tenga paciencia, pues él mesmo se "ha buscado el mal: y diciéndole estas palabras mandó salir el águila que lo "auia traido y que lo volviese á su lugar. El águila salió y le tornó á tomar "por los cabellos con las uñas y le truxo al lugar mesmo de donde le auia "traido, y en dexándole dixo: mira hombre bajo y labrador que no temas, "sino que con ánimo y corazon hagas lo que el Señor te a mandado, y no se "te olvide algo de las palabras que as de decir; y con esto se tornó el águila "á subir por el aire y desapareció.

"El pobre labrador, como quien despertaua de un sueño, se quedó es- "pantado y admirado de lo que auia visto; y así como estaba con la *coa* en "la mano, vino delante de *Monteçuma* y pidióle queria hablar, y dándole en- "trada, humillado ante el, le dijo: "poderoso Señor: yo soy natural de Coa- "tepec, y estando en mi sementera labrándola llegó un águila y me llevó á "un lugar donde vide un gran Señor poderoso, el cual me dixo descansase, "y mirando á un lugar claro y alegre te vide sentado junto á mí y dándome "unas rosas y una caña ardiendo que chupase el humo della: despues que "estaua muy encendida me mandó te hiriese en el muslo, y te herí con aquel "fuego y no hiciste nengun movimiento ni sentimiento del fuego, y dicien- "do cuán ensensible estabas y cuán soberbio, y como ya se te acababa tu "reynado y se te acercaban los trabajos que as de ver y experimentar muy "en breve, buscados y tomados por tu propia mano y merecidos por tus ma-

"las obras, me mandó volver á mi lugar y luego te lo viniese á decir todo lo "que auia visto: y el águila tomándome por los cabellos me volvió al lugar "de donde me auia visto: y el águila tomándome por los cabellos me volvió "al lugar de donde me auia llevado, y vengo á te decir lo que me fué man- "dado.

"*Monteçuma*, acordándose que la noche antes auia soñado que un vil "hombre le heria con un humazo en el muslo, miró el muslo y halló en él "una señal y en ella un gran dolor que no la osaba tocar, y sin mas pregun- "tar al indio cosa nenguna, llamó á sus alcaides y carceleros y mandó que "echasen aquel indio en la cárcel, y que no le diesen á comer sino que mu- "riese allí de hambre. El indio fué echado en la cárcel y olvidado en ella, "sin que hombre tuvise cuidado de dalle de comer; y creciéndole el dolor en "el muslo estuvo algunos dias malo en la cama, curándole los médicos con "mucha diligencia. . . . ."

Hasta aquí el P. Durán. Comentando este pasaje el Sr. Orozco y Berra, dice:[1] "Esta fábula, más bien hermoso apólogo, presenta los caracteres de "su origen azteca. Fue compuesto para motejar á Motecuhzoma su excesi- "vo orgullo, su descuido en los negocios públicos, su apatía en conjurar los "males que amenazaban al país: lección al principio, el público la adoptó des- "pués como verdad, á no ser que de cierto fuera un consejo dado por algún "campesino, quien tuvo trágico fin por atreverse á aquella majestad irri- "table."

"Explicado el significado del relieve, queda sólo el apreciar la relación que exista entre él y la localidad en que se encuentra. En el artículo *Armas de México* del Diccionario Universal de Historia y Geografía publicado en esta ciudad, el Sr. D. Fernando Ramírez expone una opinión con la cual no estamos conformes. "La fortuna, dice, es voluble, y aunque el águila me- "xicana pudo ya considerarse absuelta del anatema que en el siglo anterior "le fulminó el Sr. Palafox y en los sucesivos continuó formando, con pri- "vilegio y permiso del Virey, el escudo de la "Gaceta" del P. Sahagun y "Arévalo, parece que en el año de 1739 recibió un rudo golpe, cuyo recuer- "do se conserva hasta hoy en el ángulo del atrio de San Hipólito. Allí se ve, "en alto relieve, un indio rodeado de antiguos trofeos militares, volando por "los aires y demostrando la más profunda aflicción, prendido por las garras "de un águila.—En ese año se concluyó la reedificación de aquel templo, á "expensas del Ayuntamiento, y no puede dudarse que el intento de este em- "blema, aparentemente absurdo y caprichoso, fuera el de inspirar á los in- "dígenas horror por su ave favorita, en la que el escultor quiso, ciertamen-

"[1] Historia antigua y de la conquista de México. Tomo 3º capítulo IX. Véase acerca del mismo asunto: Tezozómoc, Crónica Mexicana, cap. CIII, y Códice Ramírez, pág. 78.

"te, simbolizar al "demonio." El pensamiento fue ingenioso y la elección "del lugar acertada, pues allí se celebraba anualmente, el 13 de Agosto, la "conmemoración de la conquista de la ciudad, con la fiesta cívica llamada "del "Pendón."

"La manera empleada para hacer odiosa á los mexicanos el águila de su divisa nacional, no me parece bien escogida: creo, con el Sr. Orozco y Berra, que se trató de representar en el relieve uno de los pronósticos de la destrucción del imperio mexicano, y que el Ayuntamiento lo colocó allí por la razón consignada en la inscripción siguiente que, esculpida en un óvalo de piedra, sirve de remate al grupo del águila:

"*Tal fué la mortandad que en este lugar hicieron los aztecas á los españoles "la noche del dia 1º de Julio de 1520, llamada por esto "Noche triste," que des- "pues de haber entrado triunfantes á esta Ciudad los conquistadores, al año si- "guiente, resolvieron edificar aquí una hermita que llamaron de los mártires y la "dedicaron á San Hipólito por haber ocurrido la toma de la Ciudad el dia 13 de "Agosto en que se celebra este santo.*

"*Aquella capilla quedó á cargo del Ayuntamiento de México quien acordó ha- "cer en lugar de ella una iglesia mejor, que es la que hoy existe, y fué comenzada "en 1559.*"

"Para concluir esta nota debo advertir que la circunstancia de que el indio representado en el grupo lleva sobre su cabeza una corona, ha hecho suponer á algunos que representa al mismo monarca, y fundados en esto, dicen que representa *El sueño de Motecuhzoma*. Efectivamente, un peón del campo, un *mazehual*, como le llama Tezozómoc, no debía llevar corona; mas no dejando duda sobre este particular las relaciones de los historiadores citados, debemos creer más bien que el artista que ejecutó la obra no se ciñó á la verdad histórica y presentó impropiamente ataviado al indio del relieve. Yo, para no alterar la manera más conocida de designar el monumento á que me he referido, he titulado á estas mal forjadas líneas *El sueño de Motecuhzoma.*"

El estudioso joven y amigo mío D. Luis González Obregón, publicó la historia del sueño de Motecuhzoma en su *México Viejo*, págs. 171-177, bajo el nombre de La Leyenda del Labrador y en otra forma.

R

(Página 140).

La capilla que en el vastísimo recinto del convento de San Francisco de México, se consagró á Nuestra Señora de Aranzazu, ha desaparecido completamente en estos últimos tiempos, para edificar en parte del sitio en donde se encontraba, el templo dedicado á nuestro insigne compatriota el Santo mártir Fr. Felipe de Jesús.

Entre lo poco que de la capilla en que nos ocupamos, había quedado, contábase su portada del Poniente, donde se encontraban las inscripciones que en otro lugar de estas líneas se asientan; y puesto que no existe aquí un diario donde se den á conocer, como hicieron en otros tiempos cuidadosas personas, las principales noticias de lo que acontezca, daremos ahora cuenta al lector de cómo al cabo de dos centurias vino á desaparecer por completo una capilla que encerraba uno de los más grandes y famosos conventos de religiosos edificados en la vetusta capital de Nueva España; capilla debida á la munificencia de piadosos vascongados, y cuyo solar ha corrido mejor suerte que otros de diversos templos de la misma México; pues sobre él se erige, como se ha dicho, un nuevo monumento cristiano donde rindamos culto á la Divinidad. Y ya que las piedras de la antigua construcción han rodado por tierra, oportuno será, si el lector desea seguir nuestro camino, dar breve noticia de la célebre capilla de Aranzazu, y del origen que en España tuvo la imagen de Nuestra Señora conocida bajo aquella advocación.

***

Corría el año 1649 de nuestra era—dice Fray Juan de Luzuriaga, en su *Paranympho celeste*—cuando un sencillo pastor entregado á habituales faenas, en las ladera de Alona, que termina los altos Pirineos antre las antiguas provincias cantábricas de Guipúzcoa y Álaba; aquel pastor, decimos, bajó como impulsado por algo extraño por las vertientes de la montaña hacia un barranco.

Tenía el mancebo de diez y siete á diez y ocho años y se llamaba Rodrigo de Balzategui, y bajado que hubo á la barranca, divisó á lo lejos un espino verde y sobre él, á su parecer, un personaje; admirado por semejante apa-